



MIRADAS TRAMPOSAS

VISIONES ANTROPOLÓGICAS DE VIAJEROS
POR CENTROAMÉRICA Y MÉXICO, SIGLOS XIX Y XX

Patricia Alvarenga Venutolo • Mauricio Menjivar Ochoa
María Esther Montanaro Mena

MIRADAS TRAMPOSAS

VISIONES ANTROPOLÓGICAS DE VIAJEROS
POR CENTROAMÉRICA Y MÉXICO, SIGLOS XIX Y XX

Patricia Alvarenga Venutolo • Mauricio Menjívar Ochoa
María Esther Montanaro Mena


EDITORIAL
UCR
2018

972

A445m

Alvarenga Venutolo, Patricia

Miradas tramposas: visiones antropológicas de viajeros por Centroamérica y México, siglos XIX y XX / Patricia Alvarenga Venutolo, Mauricio Menjívar Ochoa, María Esther Montanaro Mena. –1ª. ed.– Costa Rica: Edit. UCR, 2018.
xxiv, 222 p. : il.

ISBN 978-9968-46-678-3

1. MÉXICO – DESCRIPCIONES Y VIAJES. 2. AMÉRICA CENTRAL – DESCRIPCIONES Y VIAJES. 3. ANTROPOLOGÍA – COSTA RICA. 4. TARAHUMARAS – HISTORIA – MÉXICO. 5. AMÉRICA CENTRAL – CIVILIZACIÓN – SIGLO XIX–XX. 6. MÉXICO – CIVILIZACIÓN – SIGLO XIX–XX. I. Menjívar Ochoa, Mauricio, coautor. II. Montanaro Mena, María Esther, coautor. III. Título.

CIP/3202

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2018.

Editorial EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Ariana Alpízar L.* • Revisión de pruebas: *María Villalobos Ch.* • Diseño interno y diseño de portada: *Raquel Fernández C.* Diagramación: *Daniela Hernández C.* • Control de calidad: *Boris Valverde G.* • Fotografías: *Secretaría de cultura. INAH. SINAFO. FN.MEXICO. Dr. Carl Lumholtz. Museo Americano de Historia Naturak de New York/Fototeca Nacho López, ODI. REPRODUCCIÓN AUTORIZADA POR EL INAH.* • Imagen de portada y contraportada: detalle de “fotografía cuatro mujeres indígenas con canastos sobre la cabeza”. Negativo custodiado por el Museo Nacional de Costa Rica. IGB.11046. Foto: *Mauricio Menjívar Ochoa.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257. • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: mayo, 2018.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

CONTENIDO

ix	PRÓLOGO En ecos de su pluma, los gemidos
xix	INTRODUCCIÓN
	PRIMERA PARTE
1	Racismo y fundación de la antropología en Costa Rica Mauricio Menjívar Ochoa
3	Introducción
	CAPÍTULO 1
7	La “otredad” en la pregunta antropológica y su contexto
7	La discusión antropológica sobre la otredad
12	Relatos de viaje, construcción de la otredad e ilusión cientificista
14	El contexto del contacto: europeos y norteamericanos en Costa Rica
	CAPÍTULO 2
19	El trabajo etnográfico y la pregunta sobre el otro: Los bribris en la mirada de los científicos-naturalistas
32	Conclusión: “¿Denuncia histórica o visión inquisidora sobre los viajeros?”
36	Bibliografía
	SEGUNDA PARTE
43	Miradas calidoscópicas. Narraciones de viajeros sobre otredades en Centroamérica Patricia Alvarenga Venutolo
45	Introducción
47	Presentación de los autores estudiados

	CAPÍTULO 1
58	Encuentros que confirman saberes... experiencias que los retan
60	Otredades peligrosas
66	Geografías de barbarie y de civilización
73	Poblaciones inferiores en territorios dispuestos para la colonización
77	La jerarquización de las etnias subalternas
79	Más allá del dualismo en la invención de las razas
82	El otro y la búsqueda de respuestas sobre la naturaleza humana
86	Conclusiones
	CAPÍTULO 2
89	En busca de los “auténticos” salvajes. Desencuentros en las narrativas confesionales y laicas
92	Otredades sin esperanza
95	Cristianismo y civilización
97	El salvaje: antítesis de la hombría
99	Corporalidades aberrantes
100	La fascinación del científico por la otredad radical
102	Una experiencia que reta imaginarios instituidos
104	Conclusiones
	CAPÍTULO 3
106	Miradas perturbadoras. Observar y poseer desde la otredad
108	Cuando el otro irrumpe “distorsionando” la comunicación del enunciador con su auditorio
111	Cuando el otro se resiste como objeto-sujeto de investigación
113	Cuando el otro lee erróneamente los símbolos de “la cultura”
114	Cuando la alteridad resiste la clasificación
118	Apariencia familiar, interioridad inescrutable
121	Conclusiones
122	Bibliografía

	TERCERA PARTE
131	Miradas sobre la otredad en el norte de México: los tarahumaras en imágenes (1889-1906) María Esther Montanaro Mena
133	Introducción
	CAPÍTULO 1
139	Contexto del “redescubrimiento” de un pueblo primitivo
139	La Sierra Tarahumara: Territorio de los hombres y mujeres de <i>pies ligeros</i>
142	Pasión exploradora en territorio agreste
149	Las imágenes de los tarahumaras en el relato de viaje de Frederick Schwatka
	CAPÍTULO 2
167	El periodo entre siglos: los tarahumaras como objetos de la fotografía y de la incipiente antropología
171	Aquiles Gerste S. J. y la representación fotográfica de los tarahumaras en la Exposición Histórico-Americana
190	Los “trogloditas modernos” frente a la lente de Carl Lumholtz
206	A manera de epílogo. La Ley Creel: Un fallido intento de integración
212	Bibliografía
219	Índice de imágenes
221	Acerca de los autores

PRIMERA PARTE

RACISMO Y FUNDACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA EN COSTA RICA⁷

Mauricio Menjívar Ochoa

*Los indios que aquí [en Sipurio] viven...
son relativamente civilizados
y algunos de ellos comprenden el castellano.*

Carl Bovallius (*En Talamanca*, 1882)

7 La primera versión de este trabajo es uno de los resultados del proyecto de investigación titulado “Construcción de identidades masculinas entre los bribis, Talamanca de Costa Rica, 1910-1950” que desarrollé en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica (UCR), (código 024-B1-254). La vigencia del proyecto fue de agosto de 2011 a julio de 2013. Esta primera versión apareció publicada en la revista *Cuadernos de Antropología Social* de la Universidad de Buenos Aires (Menjívar, 2014). Sin embargo, muchos argumentos quedaron pendientes en ese trabajo, los cuales procuré introducir en esta nueva versión. No pocas partes fueron añadidas al original, lo cual pude hacer con ocasión de un nuevo proyecto, el cual titulé “Masculinidades neocoloniales y prácticas de los representantes del Estado enviados a Talamanca, Caribe sur de Costa Rica, 1885-1910”. Este segundo proyecto estuvo inscrito en la Escuela de Sociología de la UCR (código 211-B5-268), entre agosto de 2015 y agosto de 2017. A varias personas debo agradecer por leer, hacer observaciones y apoyar las distintas versiones de este trabajo, entre ellas a las amigas y colegas Patricia Alvarenga Venutuolo y María Esther Montanaro Mena. Particular agradecimiento le guardo al amigo y maestro Mario Zúñiga, quien generosamente me condujo por diferentes argumentos de la antropología social que son sustantivos para mi argumentación. Dos evaluadores de la versión original, sometida a los *Cuadernos de Antropología Social*, hicieron interesantísimas y pertinentes observaciones que, hasta donde me fue posible, incorporé en el texto. A ellos mi agradecimiento. Y como se suele decir, de manera justa, los errores y limitaciones del texto son todos míos.

INTRODUCCIÓN

En Costa Rica, en la historia de la etnografía sobre los bribbris –pueblo indígena del Caribe sur de este país– realizada a partir del último cuarto del siglo XIX e inicio del XX, figuran los nombres de tres científicos: el paleontólogo y geólogo norteamericano William Gabb, el geógrafo y físico suizo Henry Pittier y el biólogo sueco Carl Bovallius.⁸ Gabb, quien recogió sus notas sobre los bribbris durante los 17 meses que estuvo en Talamanca (entre 1873 y 1874), no solo fue el primero en realizar trabajo de campo, sino que es validado como fuente por algunas autoras claves de la antropología costarricense (Stone, 1961; Bozzoli, 1979) y es considerado, por otros, como el precursor de la “etnología” en Costa Rica (Ferrero, 1978). En este sentido, en la visión apologética que el etnohistoriador Luis Ferrero realiza sobre el norteamericano nacido en 1839:

[Gabb] Consciente del espíritu animador del país y comprendiendo la imperiosa necesidad, se preocupa por estudiar las costumbres y lenguas de las tribus indígenas supervivientes. Su atención se centra en los guatusos (ahora conocidos como maleku) y en los talamanqueños, integrantes también de nuestra nacionalidad. *Con ello, se inician en Costa Rica los estudios etnológicos* [destacado añadido] (Ferrero, 1978, p. xvi).

Según señala Ferrero “además de iniciador de los estudios geográficos científicos en Talamanca, Gabb se constituye en la figura clave de la etnología talamanqueña durante varias décadas” (Ferrero, 1978, p. xxxvi). Ello aplica si se considera a quienes, no mucho después, viajarán y tomarán apuntes sobre la vida de los bribbris: es el caso de Henri Pittier, quien al parecer realizó varias expediciones a la Talamanca bribri a finales del siglo XIX, y de Carl Bovallius, quien estuvo aproximadamente entre agosto y octubre de 1882 en esa misma región. Estos dos últimos, a juicio de Ferrero, “completarían” los estudios de Gabb.

8 Existen otros científicos naturalistas que dejaron escritas sus observaciones sobre los bribbris, las cuales he dejado de lado por limitaciones de diversa índole; este es el caso de Adolfo Tonduz (1895) y de Karl Sapper (1942).

No obstante, Gabb también fue clave para las antropólogas y los antropólogos profesionales tales como la Dra. Doris Stone, quien en 1961 publicó su trabajo etnográfico *Las tribus talamancañas de Costa Rica* y como la Dra. María Eugenia Bozzoli. Esta antropóloga, en *El nacimiento y la muerte entre los bribbris*, señala:

La explicación del Dr. Gabb sobre la división de trabajo de la alta jerarquía bribri-cabécar ha influido en todos los estudiosos después de él, incluso en la autora de esta obra, quien aceptó la hipótesis de conquista recíproca hasta que prestó mayor atención al sistema de creencias (Bozzoli, 1979, p. 27).⁹

Bozzoli (1982), al referenciar a Gabb, ciertamente ha dejado constancia de los prejuicios del científico. En todo caso, el Dr. William Gabb es, en el sentido utilizado por Clifford Geertz (1989), un autor, un “etnólogo” que siguió vivo en la antropología, al menos por un tiempo significativo, cuya resonancia llega muy recientemente a la misma historiografía. En otras palabras, Gabb es una figura autorizada desde la academia.

En la misma tónica de Ferrero, el enaltecimiento de las obras y la biografía de Pittier y de Bovallius no ha faltado en los prólogos y notas introductorias que abren la reedición de sus obras. En este sentido, en 1937, Juvenal Valerio Rodríguez, director del Museo Nacional de Costa Rica, resaltaba la importancia que tuvo Pittier —“hombre de costumbres que reflejan el refinamiento espiritual propio de su gran cultura”—, para el “desarrollo de nuestra ciencia nacional”. Al “Dr. Pittier [declaraba Valerio] debemos mucho del brillo que nuestras instituciones científicas alcanzaron ante el mundo” (Valerio, 1938, pp. 3-4).¹⁰

Ahora bien, en la “Presentación” hecha a la edición costarricense de 1993 del fragmento que recoge las anotaciones del viaje de Bovallius por Talamanca (Bovallius, 1993), el Director General de Cultura del ministerio costarricense del ramo, Fernando González, anotaba que el sueco se podía “ubicar entre los varios exploradores, viajeros y científicos extranjeros que nos legaron valiosísimas descripciones acerca de la vida y costumbres de los diferentes pueblos indígenas de Costa Rica” (González, 1993, pp. 7-8).¹¹ Además, y central para los efectos del presente artículo, anotaba que:

9 María Eugenia Bozzoli señala que “La Dra. Stone trabajó con el supuesto, tomado del Dr. William Gabb (1875, p. 488) [aquí está citando de Gabb, 1969. Tribus y lenguas indígenas de Costa Rica. *Revista del Archivo Nacional*, XXXIII, 303-486] que la gente cabécar es más religiosa que la gente bribri; que los bribbris conquistaron a los cabécares militarmente y que los cabécares a su vez retuvieron la superioridad religiosa; de esta manera el Dr. Gabb explicó por qué los jefes temporales procedían de clanes bribbris, y el más alto jefe espiritual procedía de un clan cabécar” (27). Bozzoli duda de esta tesis de la conquista de una tribu a otra y sobre sus grados de religiosidad. La misma Bozzoli revisó historias de la colección de Gabb, de las de Stone y otras publicadas por el Dr. Pittier [se refiere a “Folk-Lore od the bribri and Brunca Indians in Costa Rica”. *Journal of American Folk-Lore*, 16(60), 1-9]. (627)

10 La nota introductoria a la obra de Pittier (1938) que aquí estudio es el discurso del entonces director del Museo ante la sesión celebrada por el Club Rotario de Costa Rica el 12 de agosto de 1937, la cual festejaba el octogésimo aniversario del nacimiento del científico.

11 El fragmento publicado por el MCJD fue traducido por Bovallius y por Anastasio Alfaro en 1882 (González, 1993, p. 7). La edición estuvo al cuidado de Luis Ferrero Acosta.

A diferencia de otros viajeros y científicos europeos que no ocultaron sus prejuicios contra la población nativa de estas latitudes [destacado añadido], Bovallius reconoció que su convivencia con los indígenas de Centroamérica le ayudó a reconocer en ellos “los más nobles sentimientos... son hospitalarios, sensibles, generosos e inteligentes” (González, 1993, p. 7).

La afirmación de González antes transcrita deja múltiples interrogantes: para traer a colación la preocupación levistraussiana de la objetividad (Lévi-Strauss, 1987): ¿es posible que observadores como Bovallius hayan logrado “acallar sus sentimientos”, al trascender los valores propios de la sociedad? O habría que preguntarse, más bien, ¿qué “prejuicios” están “ocultos” en la obra de Bovallius? También, ¿cuáles son los “prejuicios” de los otros extranjeros como los que aquí me interesan? ¿hay algo específico en la aproximación a los indígenas que realizó Bovallius en comparación con la de esos “otros viajeros y científicos” como Gabb y Pittier?

Tratando de abordar estas interrogantes, en este ensayo me propongo analizar críticamente los apuntes que tomaron estos tres científicos-naturalistas sobre los bribris durante sus estancias en Talamanca (Cuadro N.º 1), con el fin de explicitar la forma en que sus miradas modelaron a estos indígenas. Para ello, recorro a tres obras:

1. De William Gabb, *Talamanca. El espacio y los hombres*, el cual en realidad es el nombre del libro editado por Luis Ferrero (1978). Este reúne: a) el informe del trabajo de campo entregado en 1874 por el norteamericano (Gabb, s. f.) al entonces presidente de la República de Costa Rica, Tomás Guardia; y b) un extracto de la conferencia de incorporación de Gabb a la American Philosophical Society de Filadelfia en 1875.
2. De Henri Pittier, la edición publicada en 1938 que recoge sus *Apuntaciones etnológicas sobre los indios bribri*, cuya fecha precisa de escritura no he podido ubicar, pero que el suizo debió escribir durante su trabajo de campo a finales del siglo XIX, luego de su llegada al país bajo las circunstancias a las que me referiré más adelante.
3. Finalmente, de Carl Bovallius, retomo las anotaciones sobre Talamanca publicadas en 1993 por el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes de Costa Rica y la Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América (Bovallius, 1993). Este es un extracto de su *Viaje por Centroamérica 1881-1883* editado en Nicaragua (Bovallius, 1977) y que Bovallius publicó en sueco, originalmente en Estocolmo, en 1887.

Para analizar la obra de estos autores y su mirada sobre los bribris, utilizo la perspectiva del antropólogo de origen alemán Esteban Krotz (2002), quien invita a analizar el *contacto* de los viajeros al preguntarse acerca de la forma en que se formula la

“pregunta antropológica”. Al planteamiento de la perspectiva de este autor está dedicado el primer apartado del capítulo 1 de este trabajo. El resto de dicho capítulo tiene como punto de partida que la pregunta antropológica formulada en el viaje no es enunciada desde la individualidad descontextualizada, sino desde marcos históricos específicos que, siguiendo a Bourdieu (1995 y 2007), construyen los automatismos del *habitus* del observador. Así, en el segundo apartado desarrollo varias ideas para entender la pregunta antropológica sobre el otro, planteada por los sujetos de mi interés dentro del género del relato de viaje y, dentro de este, el contexto en el que se elaboran los discursos científicos. El tercer y último apartado del capítulo 1 está destinado a explicar el contexto costarricense en el que se desarrolló el “contacto” de estos tres científicos. En el capítulo 2 procuro avanzar en el análisis de las tres obras antes mencionadas. Debo acotar que la preocupación de fondo que recorre este trabajo alude a la autoridad del autor que es retomada por otros autores sin que medie una perspectiva crítica. Esta preocupación es retomada y profundizada en las conclusiones del trabajo.

Cuadro N.º 1
Viajeros por Talamanca, finales del siglo XIX

Nombre del viajero	País de origen	Estadía en Talamanca	Motivo del viaje
William Gabb (n. 1839 - m. 1878)	Estados Unidos	Permaneció 17 meses, entre 1873 y 1874.	En 1873, es contratado por Enrique Meiggs Keith para estudiar la geología, características geográficas, clima e historia natural de Talamanca. Inicialmente con especial interés en el descubrimiento de minas de oro. En 1874, firma un contrato con el gobierno de Costa Rica para elaborar un mapa topográfico de Talamanca.
Henry Pittier (n. 1857 - m. 1950)	Suiza	Varias expediciones, probablemente entre 1894 y 1895.	Probablemente la elaboración del mapa de Talamanca.
Carl Bovallius (n. 1849 - m. 1907)	Suecia	Probablemente, en agosto o septiembre de 1882.	Beca a Centroamérica para el estudio de la geografía y naturaleza. A Talamanca viaja motivado por la invitación de Bernardo Augusto Thiel.

Fuente: Elaboración propia.

CAPÍTULO 1

LA “OTREDAD” EN LA PREGUNTA ANTROPOLÓGICA Y SU CONTEXTO

La discusión antropológica sobre la otredad

El asunto que remite a la manera en que se observa al otro es uno de los elementos centrales de la fundación de la antropología. En la primera mitad del siglo XX, antropólogos como Bronislaw Malinowski (1974) debían salir victoriosos como emblema de autoridad y especificidad de un nuevo tipo de conocimiento para diferenciarse de otras personas que igualmente conocían a los “primitivos” y escribían sobre ellos. En la cuestión del método, ocupaba un lugar central la superación del etnocentrismo, a partir de la objetividad científica, y la adopción de una mirada menos prejuiciosa (Guber, 2009). De ahí que en su *Argonautas del Pacífico occidental*, que ve la luz en 1922, Malinowski procura diferenciarse de comerciantes, misioneros o funcionarios que entran “en relaciones estrechas con el indígena”. Estos personajes tenían que “convertirlo, influenciarlo o utilizarlo [y] ello le imposibilita la observación imparcial y desprejuiciada” (Malinowski, 1975, p. 35). El antropólogo polaco señalaba que unas condiciones adecuadas para el trabajo etnográfico consistían en “apartarse de la compañía de los otros blancos y permanecer con los indígenas en un contacto tan estrecho como se pueda, lo cual sólo es realmente posible si se acampa en sus mismos poblados” (pp. 24-25). Estar en “auténtico contacto con ellos”, agregaba, “para el etnógrafo significa que su vida en el poblado toma pronto un curso natural mucho más en armonía con la vida que le rodea”, significaba ser “parte integrante de la vida” (pp. 24-25).

No puedo dejar de traer a colación las consideraciones que parecen animar la imagen de Bovallius como un observador diferente a los otros y que, de manera ciertamente más rudimentaria e incompleta, anticipa en más de 30 años las preocupaciones publicadas por Malinowski. A continuación, recojo en extenso las palabras de Bovallius:

El viajero que sin ser víctima de los prejuicios contra los hijos naturales de América, juzga de los indios de América Central, no a través de un pasajero encuentro en el puente de un navío o a través de la ventanilla de un tren, sino que vive con ellos en sus chozas estrechas, comparte sus almuerzos sencillos, los sigue en bote o a través de los caminos de los bosques, juzgará cómo yo lo reconozco, que poseen los más nobles sentimientos que es costumbre alabar en otras razas y que son pocos los que no se encuentran representados en ellos: son hospitalarios, sensibles, generosos e inteligentes. Tan sólo necesitan ser despertados a la conciencia que son hombres libres, independientes, que tienen una patria maravillosa que defender y trabajar (Bovallius, 1977, pp. 4-5).

Entre los tres científicos-naturalistas que aquí estudio, probablemente esta sea la declaración metodológica más explícita y cercana a la de los padres del método etnográfico que implica el “auténtico contacto con *ellos*”.¹² La de Pittier, no obstante, no deja de ser digna de mención en cuanto al hecho de *estar ahí*, de permanecer con *ellos* largo tiempo, como proponía Malinowski. Así, Pittier señala en sus *Apuntaciones etnológicas sobre los indios bribri*:

Aunque durante una larga permanencia en Talamanca yo había establecido relaciones de amistad bastante estrechas con muchas familias de naturales, y podía conversar con ellos corrientemente sobre cualquier asunto, su confianza nunca llegó hasta revelarme los detalles más íntimos de su vida. Puedo sin embargo afirmar, por haber convivido con ellos por meses seguidos en las mismas casas, que su **vida familiar es de las más apacibles** y podría servir **de ejemplo a muchos de los hogares llamados civilizados** [destacado añadido] (Pittier, 1938, p. 11).

Bovallius proponía el equivalente malinowskiano a “distanciarse” de esos “otros blancos” prejuiciosos y verse a sí mismo “como parte integrante de la vida” del *otro*. Esto se hacía viviendo con ellos, comiendo sus comidas y andando con ellos. La perspectiva de Pittier parece más prudente al hacer recuento de sus posibilidades de penetrar en la vida del *otro*. En efecto, Pittier permaneció por largo tiempo en Talamanca –probablemente más tiempo y más veces que Bovallius y que Gabb– y hablaba de sus relaciones estrechas de “amistad” con los “naturales”. Al igual que Bovallius, Pittier decía haber “convivido con ellos en las mismas casas”, sin embargo, era menos elocuente con respecto a la cercanía lograda: nunca llegó a saber “los detalles más íntimos de su vida”. A pesar de la floritura discursiva de Bovallius sobre el logro de la intimidad, dudo seriamente sobre

12 Sobre el caso de Guatemala, Patricia Alvarenga ha desarrollado un estudio sobre la mirada etnográfica construida a partir de distintas culturas indígenas del Altiplano guatemalteco en la primera mitad del siglo XX. Uno de los rasgos comunes de los intelectuales de los países hegemónicos que visitaron las periferias es provenir de distintos campos de las ciencias naturales. Desde este conocimiento académico “crearon sus propios recursos, métodos y perspectivas para aproximarse a las comunidades de su interés” (Alvarenga, 2014, p. 5).

la posibilidad de que llegara a tener el nivel de conocimiento de Pittier y, con seguridad, no se acercó a la ortodoxia del trabajo de campo propuesto por Malinowski.

Las citas antes transcritas generan algunas interrogantes: ¿por qué Bovallius otorga importancia al hecho de que los indígenas “son hospitalarios, sensibles, generosos e inteligentes”? Dicho de otra manera, ¿por qué no debería ser así? La extrañeza que emerge del texto de Bovallius remitiría a la contraposición que en la época se hace entre indio y civilización la cual, en principio, es puesta en entredicho por Pittier: *ellos* –los incivilizados– no son tan diferentes a *nosotros* –los civilizados–. El eurocentrismo de Bovallius emerge, una vez más, cuando señala que aquellos indios tan solo necesitaban ser despertados a la conciencia de que eran hombres libres, independientes. ¿A quién corresponde tal tarea mesiánica? Pareciera que al *nosotros*.

Hasta ahora no traje a colación a ese hombre “consciente” que, al parafrasear a Ferrero (1978), se preocupa por el estudio de las costumbres y lenguas de las tribus indígenas en Costa Rica. Ese es un platillo fuerte que he querido postergar, pero pareciera que ya es tiempo de tratarlo. Gabb, este precursor de la etnología costarricense, apenas inicia su informe al General Tomás Guardia, dice que el territorio de Talamanca:

Está poblado en su mayor extensión por tribus salvajes de indios, exceptuando sin embargo los establecimientos de poca importancia fundados en la costa por una cierta clase de negros que se titulan ingleses, aunque en realidad no conocen soberanía alguna. Esta gente vive en un estado de indolencia que es superada solamente por la de sus vecinos, los indios; son insolentes, revoltosos y forman una población de ninguna manera deseable (Gabb, 1978, p. 9).

Gabb estuvo ahí, al igual que estuvieron Pittier y Bovallius no mucho tiempo después; sin embargo, parece presentar, al menos en principio, una perspectiva distinta sobre los indios. ¿Acaso vio a profundidad asuntos que otros no vieron? Las cosas comienzan a resultar confusas: el menos “prejuiciado” (Bovallius) parece serlo en grado amplio y el que inspira las hipótesis de trabajo de la antropología de la segunda mitad del siglo XX ¡resulta serlo aún más!, ¿es que Pittier es el único libre de “prejuicio”?

No hay duda de que el problema debe plantearse desde una perspectiva crítica que tome distancia de aquellas formas coloniales y de inferiorización desde las cuales los autores clásicos de la antropología analizaron al otro. Se recuerda, por una parte, a Malinowski, quien en su *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje* señalaba que estudiar la ley primitiva era central para el

Estudio de las diversas fuerzas que crean el orden, la uniformidad y la cohesión en una tribu salvaje. [Añadiendo que] **El conocimiento** de estas fuerzas debería ser el fundamento de las teorías antropológicas de la organización primitiva, así como

debiera señalar las normas directrices de la legislación y administración colonial [destacado añadido] (Malinowski, 1986, p. 19).

Por otra parte, se piensa en Claude Lévi-Strauss y en la crítica de Clifford Geertz (1989) a *Tristes trópicos*. Geertz argumenta que dicha obra es varios libros a la vez: un libro de viajes, una obra etnográfica, un texto filosófico y un panfleto reformista. Para el desarrollo de su obra etnográfica, el antropólogo levistraussiano “se aventura a ir adonde las almas inferiores”, diría Geertz. Mientras tanto, su “panfleto reformista”, en concordancia con una corriente de pensamiento de finales del siglo XIX y principios del XX, da cuenta de la repugnancia moderna de tipo estético: las ciudades del Tercer mundo en *Tristes trópicos* aparecen descritas por Lévi-Strauss, según este autor, como “Basura, desorden, promiscuidad, rozamientos; ruinas, barracones, barro, inmundicia...; todo aquello contra lo cual la vida urbana europea se nos antoja la defensa organizada, todo lo que nosotros odiamos” (Geertz, 1989, p. 50).

¿Desde dónde partir, entonces, para analizar la mirada que de los otros nos heredaron los precursores de la etnografía en Costa Rica? Aquí he optado por la propuesta deseurocentrada de Esteban Krotz, quien, siguiendo el análisis del antropólogo costarricense Mario Zúñiga (2012), construye su propuesta. Esta última, en diálogo con la “teoría crítica”, puede ser aprovechada por los países del “Sur”. El “Sur”, más que geográfica, es una categoría epistémica y geopolítica que “abre camino para el planteamiento de preguntas desde el punto de vista crítico para nuestras realidades, preguntas historizadas... que nos interpelan acerca de la antropología del Sur” (Zúñiga, 2012, p. 6).¹³

Así las cosas, me interesa la propuesta para el abordaje de la “pregunta antropológica” desarrollada por Krotz (2002). Para este autor, el cuestionamiento sobre el ser humano lleva a que existan muchas preguntas antropológicas, una pregunta que no existe por sí misma, sino que tiene que ser formulada y que depende de los encuentros concretos de los que nace y de los contextos históricos culturales siempre únicos. La pregunta antropológica es “el intento de explicar el contacto entre culturas, de hacerlo consciente, de reflexionar sobre él, de resolverlo simbólicamente” (Krotz, 2002, p. 56).

Ciertamente, retomando a Krotz, el análisis del *otro*, de la alteridad, tiene como precio el etnocentrismo: es el estado natural de la humanidad y el que posibilita el contacto entre culturas y, por tanto, la pregunta antropológica “es la forma y la condición para poder concebir al otro como *otro*” (Krotz, 2002, p. 60). En el acto de adquirir conocimiento, sostiene este autor, lo desconocido solo se puede alcanzar desde lo conocido, al menos la mayoría de las veces (Krotz, 2002).

13 Aprovecho para agradecer a Mario Zúñiga, maestro y amigo, por su guía en materia de teoría antropológica. Gracias a dicha conducción es posible este ensayo. Como se suele decir de manera justa, la responsabilidad por los desaciertos aquí cometidos es enteramente mía.

De los tres tipos de *contacto* propuestos por este autor –el “encuentro”, el “viaje” y el “imperio”–, el *viaje* es el que interesa aquí: los viajeros concretos, como lo eran los tres científicos-naturalistas que analizaré, generaban informes y llevaban consigo objetos de los indígenas, dando noticia de “mundos extraños”. Los viajeros son uno de los *medios* a través de los cuales se produce el contacto entre culturas y sus testimonios son inseparables de sus particularidades personales.

Para entender las limitaciones y alcances del concepto de *contacto* propuesto, bien cabe traer a colación la propuesta conceptual de las *zonas de contacto* elaborada por Mary Louise Pratt (1992). Para esta autora, las zonas de contacto son espacios sociales en los que “culturas dispares se encuentran, chocan y luchan entre sí, a menudo en las relaciones altamente asimétricas de dominación y subordinación” (Pratt, 1992, p. 4).¹⁴ Dentro de estos espacios sociales se encuentra el colonialismo. Como fenómeno de la zona de contacto se encuentra la *transculturación*, la cual sirve para dar cuenta, entre otros aspectos, de los modos de representación recibidos y apropiados, tanto en la periferia como en la metrópoli, para utilizar la misma terminología de Pratt (1992). Con su andamiaje, Pratt procura dar cuenta de las dimensiones vinculadas a la *interacción* de los encuentros coloniales. Al tener clara esta propuesta, cabe anotar que la noción de contacto que produce la pregunta antropológica, tal como la estudio en este trabajo, únicamente se dirige a captar los “modos de representación” coloniales –para utilizar la terminología de Pratt– de los tres científicos. Si bien toda representación surgida del contacto implica interacción, en este ensayo no avanzo en el proceso de *transculturación* en el sentido de esta autora.

Así pues, y procurando retomar lo dicho, ¿cuál es la mirada que tienen Gabb, Pittier y Bovallius sobre ese *otro* en que se constituye a los indígenas bribris? En términos propuestos por Krotz, ¿bajo qué aspecto se ocupan estos tres científicos-naturalistas del ser humano, específicamente de los bribris?, ¿cuál es la “pregunta antropológica” por medio de la cual se cuestionan sobre este ser humano?

Ahora bien, en los *contactos*, las representaciones de la categoría de alteridad “no pueden ser desprendidas de las respectivas dinámicas históricas que los abarcan” (Krotz, 2002, p. 60). Por esta razón, en los dos apartados que siguen, y antes de abordar la manera en que se construye la mirada sobre la alteridad entre los tres científicos-naturalistas de mi interés, procuro desarrollar una aproximación al contexto histórico en el que se formulan sus preguntas antropológicas, asimismo, al mecanismo privilegiado para divulgarlas: los relatos de viaje. Comenzaré por este último punto.

14 “I like to call ‘contact zones’, social spaces where disparate cultures meet, clash, and grapple with each other, often in highly asymmetrical relations of domination and subordination”.

Relatos de viaje, construcción de la otredad e ilusión científicista

Como se ha señalado, los motivos que conducen al contacto con los bribris son distintos en los tres casos estudiados: el de Gabb responde a un claro interés empresarial, el de Pittier pareciera un producto colateral de sus labores en el Físico-Geológico Nacional y el de Bovallius un resultado de su beca de estudio. No obstante, el estilo con que escribieron sus textos pareciera estar influenciado por la herencia del Siglo de las Luces: el género de la literatura de viaje (Soto, 2007). El relato de viajes fue uno de los tipos discursivos más utilizados y más leídos durante el siglo XIX, en consonancia con el interés exploratorio y la fascinación geopolítica con que las ciencias naturales impregnaban el imaginario de la época (Salto, 2002). En este contexto, el territorio americano sirvió para la configuración de un importante corpus de relatos y diarios sobre las travesías de los viajeros que hicieron del continente uno de sus objetivos geopolíticos para la exploración (Salto, 2002). En el contexto costarricense, cabría acotar rápidamente que los relatos de viajeros decimonónicos han captado el interés de personas provenientes de diferentes disciplinas de las ciencias sociales y la literatura, quienes han fungido como introductores o compiladores a las obras y analistas.¹⁵

Existen diversos criterios sobre cómo nombrar a este género (literatura de viaje, relatos de viaje) e incluso si debería de clasificarse a los “libros de viaje” como un género particular o si, más bien, habría que utilizar el término más amplio de “literatura de viaje”. También existen dificultades para establecer una tipología narrativa precisa (Soto, 2007). En esta amplitud, las clasificaciones y caracterizaciones son diversas. Así, por ejemplo, según Julio Peñate Rivero, se podrían distinguir al menos tres variantes: el relato como descubrimiento, como verificación y como manual de viaje (Peñate, 2011). Por su parte, Ronald Soto-Quirós apunta que otros autores clasifican la literatura de viaje:

Por la forma (diarios, notas personales o “carnés”, cartas, relatos novelescos); según la exactitud documental (entre la exactitud meticulosa de un registro de abordaje y las construcciones imaginarias); según el objetivo de la escritura (informe de misión, novela marítima) o según el destinatario, o la época (Soto, 2007, s. p.).

15 Sin pretender exhaustividad, un claro ejemplo es el temprano esfuerzo realizado por León Fernández en su “Colección de documentos para la historia de Costa Rica”, en varios tomos. Si se asume al trabajo de Gabb como un producto híbrido entre la antropología y el relato de viaje, se podría señalar que el historiador y abogado León Fernández (1883) lo incluyó en el tomo III de su colección, publicado en 1883. El también historiador liberal Ricardo Fernández Guardia publicó en 1929 una compilación de relatos de viajeros de origen inglés, escocés, irlandés, alemán, francés y chileno (Fernández, 1929). Los también historiadores Carlos Meléndez y Juan Carlos Solórzano han realizado la presentación de los relatos de Carl Hoffman (1976) y de Wilhem Marr (2004), respectivamente, ambos de origen alemán. Por su parte, Elías Zeledón Cartín se ha ocupado de la compilación de tres tomos con relatos de viajeros de distintos orígenes (Zeledón 1997 a, 1997 b y 1998). El Museo Juan Santamaría (1999) hizo lo propio con relatos de viaje por el río Sarapiquí. Por último, desde las ciencias naturales, además del análisis, Luko Hilje (2006) incluye pasajes de la obra de Karl Hoffmann. Juan Carlos Vargas (2008), quien hace un análisis desde la literatura de viajeros de habla inglesa, también realiza una compilación de 21 textos de viajeros por Centroamérica, lo cual le distancia de otros compiladores costarricenses “quienes han privilegiado editar los paisajes relativos a Costa Rica” (Solórzano, 2007-2008, p. 31). Muchas de estas compilaciones son reediciones de revistas extranjeras o de ediciones anteriores publicadas en Costa Rica u otros países.

Ciertos autores intentan clasificarlos al señalar que algunos relatos solo brindan impresiones furtivas, mientras que otros procuran analizar e interpretar las realidades descritas; que otros son textos más literarios con descripciones de lo que vieron y de lo que sintieron, y que también podrían manifestar la mirada que las élites americanas tenían sobre su entorno (Soto, 2007).

En los relatos de viaje suele existir una preocupación por marcar el itinerario recorrido, en ocasiones anotando fechas precisas, el desplazamiento físico que realiza el protagonista, los medios de transportes utilizados y sus posibles implicaciones, así como el uso de fuentes diversas de información durante su recorrido (Barahona, 2007; Soto, 2007).

Es imposible no advertir muchos de los elementos recién apuntados en los textos escritos por los tres científicos, en los cuales exhiben sus anotaciones de campo. Tampoco es posible no considerar que, a finales del siglo XIX, el “trabajo de campo” (field-work), mediante el cual se inició la fase de recolección directa de información en la antropología, estuvo a cargo de naturalistas. Recolección directa de información y trabajo de campo por naturalistas se institucionalizaron en 1898, ha anotado Rosana Guber (2009), lo cual sitúa a Gabb, Pittier y Bovallius en sintonía con el espíritu de la época. Podría decir, tentativamente, que esto ubica el nacimiento de la antropología costarricense de la mano con los relatos de viaje. Estos parecen ser, en el momento, mecanismos válidos para divulgar los avances científicos y, a juicio de Graciela Salto, una “impronta común al pensamiento positivista, en general, y al darwinista, en particular” (Salto, 2002, p. 63).

Central en la construcción de los relatos de viaje es la otredad. Y el diálogo que los científicos, diplomáticos, comerciantes y demás viajeros establecieron con el *otro* es uno de los elementos centrales que la literatura y las ciencias sociales han privilegiado para entender, ya sea las “imágenes”, las “representaciones” o los “imagentipos”¹⁶ del viajero, su cultura y su época, así como los contenidos coloniales de su travesía (Soto, 2007; Schramm, 2007; Rodríguez, 2007; Rodríguez, 2004; Salto, 2002). En palabras de Andrea Mahlendorff, recogidas por Christina Schramm, en la literatura de viaje “el espacio geográfico de América Latina se convirtió por medio de la conquista europea en un terreno de proyecciones de imágenes e imaginaciones provenientes del Viejo Mundo” (Mahlendorff, citada por Schramm, 2007, s. p.). Es decir, el relato de viaje se construye aplicando al *otro* aquellos imaginarios y no de manera “imparcial” como cree Peñate, quien sostiene que “el viaje es la condición y centro del relato, no una ocasión o pretexto para explayar la subjetividad del autor: sus gustos, pasiones, recuerdos, saberes o ideología” (Peñate, 2011, p. 248). De tal suerte, “el propósito inicial de los viajeros [es]: describir con imparcialidad lo que ven en su recorrido” (p. 251). Quisiera hacer más las

16 Christina Schramm, siguiendo a varios autores y autoras, apunta que “el término “imagentipo” se refiere a “las imágenes en nuestras cabezas”, es decir, a los “estereotipos, mentalidades, prejuicios, valores, ideas fijas [o] actitudes” (Schramm, 2007, s. p.).

palabras de Ileana Rodríguez para señalar que dicho autor, al igual que los padres de la antropología costarricense, pareciera incapaz “de verse en el *speculum* de sus propias construcciones culturales y cómo transmutan sus observaciones e ilusiones” en ciencia (Rodríguez, 2004, s. p.).

El contexto del contacto: europeos y norteamericanos en Costa Rica

Como he señalado, el siglo XIX fue una época de múltiples encuentros culturales para Europa y para los Estados Unidos de Norteamérica, la cual llevó al desarrollo de preguntas antropológicas de nuevo tipo. Estas se desarrollaron de múltiples maneras (Krotz, 2002): i) en una nueva forma de apropiación de la naturaleza humana y no humana, que se convirtió, de una manera diferente, en materia prima a ser utilizada, dominada y explotada indiscriminadamente; ii) en los distintos ámbitos de las relaciones sociales en los que surgen nuevas instituciones –la escuela– y nuevos grupos profesionales en el marco de la consolidación del Estado nacional burgués; iii) en el reparto del mundo entre las potencias europeas y en los esfuerzos norteamericanos por participar en dicho reparto; y iv) en la “hegemonización de las ciencias positivas o empíricas como la esencia del conocimiento real, indudable y verdadero” (p. 66). Se trataba de una ciencia que “intentaba penetrar en todos los ámbitos de la realidad y el conocimiento” (p. 67).¹⁷

Un caso sobre la manera en que la pregunta antropológica cruzó secciones de estos planos del mundo de vida, lo brinda la investigación científica que del mestizo mexicano desarrollaron los “sabios franceses” de mediados del siglo XIX, según han estudiado Carlos López-Beltrán y Vivette García (2013). En un ejemplo sobre cómo la pregunta antropológica no solo se ha desarrollado sobre los indígenas, sino sobre los mestizos, los naturalistas que acompañaron la expedición científica de los invasores franceses se preguntaban sobre aquello que podría ser específico de los “mestizos blancos”, de los indios y de los mulatos en aspectos como lo fisiológico, el predominio de uno sobre el otro en la descendencia, la fecundidad, la mortalidad, entre otros. A juicio de López y García, siguiendo a varios autores, “estas preguntas se acercan a lo que era en ese momento el cuestionario estándar para toda investigación de mestizaje racial, en cualquiera de las colonias europeas” (López y García, 2013, p. 394).

En el caso de Gabb, Pittier y Bovallius, la pregunta fundamental es sobre los indios, y si bien en algunos casos existen alusiones a la población negra, estas son más bien marginales. La llegada de estos tres naturalistas a Costa Rica se produjo en el marco de una intensa actividad científica en el país que puede explicarse desde al menos dos nociones. La primera es la noción de comunidad científica (Solano y Díaz, 2005)

17 En este párrafo sigo a Krotz (2002), sin embargo, considero que Estados Unidos de Norteamérica jugó un papel fundamental que en estas líneas no es retomado por este autor.

la cual parece explicitar la configuración de un debate intelectual en el que intervienen diversas figuras destacadas dentro de un proceso de construcción institucional de la actividad científica que remite a la génesis del Estado nacional. La segunda noción es la de “régimen de científicidad”, aplicada al estudio del período liberal (1870-1930) que, sin importar el tipo de Estado predominante en Costa Rica, se encuentra caracterizada por diferentes ámbitos de políticas, entre los que se encuentran la institucionalización de la investigación científica y el vínculo con el sector productivo. En ese contexto participan diversos actores, entre estos, los grupos gubernamentales, empresariales y privados (Viales y Clare, 2009).¹⁸

Independientemente de la noción adoptada, la amplitud que caracterizaba al concepto de ciencia decimonónica construido en el país hacía que su cobija abrigara al “conjunto de todos los conocimientos del hombre” y abarcara a profesiones que iban “desde el Derecho hasta la Ingeniería, pasando por la Medicina y la Farmacia” (Solano y Díaz, 2007, p. 70; Viales y Clare, 2009, p. 101). Adicionalmente, y en criterio de Viales y Clare, tanto desde la práctica individual como desde la colectiva, el concepto de ciencia se asimilaba a la idea de “reflexión” como “filosofía natural y vínculo con disciplinas o espacios científico-técnicos” (Viales y Clare, 2007, p. 101). De tal manera, la migración intelectual de los científicos naturalistas –como los aquí abordados– al ámbito de la descripción de la vida social de los pueblos indígenas, no resultaría problemática.¹⁹ Esta migración, cabe acotar, no solo desde las ciencias naturales, sino desde otras disciplinas, es moneda común en el proceso de institucionalización de la antropología. El ejemplo de Bronislaw Malinowski, formado en física y química (Guber, 2009), es paradigmático.

En todo caso, desde temprano en la vida independiente, los esfuerzos de figuras relevantes, como la de Francisco Osejo, partieron de la importancia de vincular el conocimiento del clima, la geografía, entre otros, con una eventual colonización y atracción de inversiones internacionales. La Sociedad Económica Itineraria, creada en 1843, es un ejemplo de la condensación de esfuerzos tanto en lo económico-comercial como en lo científico, en la labor de atraer a capitalistas europeos interesados en invertir en actividades mineras y agrícolas. La creación del Instituto Físico-Geológico Nacional (1899) –que en ciertos momentos absorbió al Meteorológico Nacional y al Museo Nacional– canalizó una serie de esfuerzos que se orientaban por los designios del binomio ciencia-economía.

18 Uno de los que, hasta donde conozco, primero hace historia de la ciencia en Costa Rica es el Premio Magón de Literatura Luis Felipe González, quien realiza una descripción exhaustiva de los diferentes científicos de diferentes procedencias nacionales en su libro de 1921 *Historia de las influencias extranjeras en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*. La falta de un estudio a profundidad de su obra no me permite catalogarla. En todo caso, intenta una descripción de algunos de los contextos nacionales de procedencia de los personajes estudiados, aunque su énfasis está más centrado en las personalidades.

19 Podría proponerse como hipótesis que esta herencia fue asimilada por los antropólogos profesionales de la segunda mitad del siglo XX. Es decir, esta comunidad podría haber hecho parte de su habitus la concepción decimonónica de ciencia, legitimando en el momento de profesionalización de la antropología, y al menos en parte, la práctica de los naturalistas del siglo XIX e inicios del XX como ciencia antropológica.

En efecto, interesaba renovar la cartografía nacional y dimensionar los recursos naturales y el contexto físico. Estas preocupaciones estaban vinculadas con el fomento de la colonización por parte de campesinos nacionales y extranjeros, así como por la necesidad de integrar amplias zonas del país a la economía costarricense (Solano y Díaz, 2005).

En el marco de los esfuerzos liberales por sentar “las bases institucionales del espíritu moderno” (Naranjo, 2001, s. p.) desde 1875, durante la administración de Tomás Guardia (1870-1882), la élite política realizó esfuerzos por atraer científicos suizos. Dichos esfuerzos no tuvieron éxito sino hasta la administración Bernardo Soto (1885-1889) (Valerio, 1938), en el contexto de la reforma educativa de Mauro Fernández, entonces secretario de Instrucción Pública. Entre estos suizos venía Henri Pittier, quien antes del contacto con Costa Rica (1887) se encontraba inserto en el campo científico de su Suiza natal; ahí fue maestro de Ciencias Naturales y Geografía en Chateau de Oex y obtuvo una cátedra de Física en la Facultad de Ciencias de la Academia de Lausanne. En el Valle de Lazario, además, desarrolló estudios sobre la flora, la fauna y la geología, y en el mismo Valle probablemente aplicó tales estudios pues, junto con un coronel del Ejército inglés, instaló una red meteorológica. En Costa Rica, luego de impartir clases de historia natural, ciencias físicas y naturales e higiene en el Colegio de Señoritas y en el Liceo de Costa Rica, llegó a ser director del Instituto Físico-Geológico Nacional en 1887. En ese marco institucional, tendría como una de sus tareas iniciales participar en el diseño de un edificio que albergara un observatorio meteorológico. La renovación cartográfica, también impulsada desde el Instituto a cargo de Pittier, no solo buscaba el impulso de la colonización agrícola, sino también el apoyo a las tesis del Estado costarricense ante los conflictos fronterizos con Colombia (Valerio, 1938; Páez, 1994; Solano, 1999; Díaz, Solano y Peraldo, 2007). En esta frontera se encontraba el territorio de los bribris.

El contacto de William Gabb (1873), anterior al de Pittier, no se produce estrictamente en el marco de la dinámica estatal de orientación de la política científica, sino en el nivel de actores particulares.²⁰ Ambas dinámicas, ciertamente, tenían intereses coincidentes, al menos, en parte, la explotación económica de grandes partes del territorio nacional. En efecto, en la etapa exploratoria de las empresas de los hermanos Keith (Enrique M. y Minor C.) en el territorio costarricense, los norteamericanos trajeron profesionales que se encargarían de posibilitar sus actividades comerciales. Entre ellos estaba Gabb, quien realizó estudios de geología, topografía e historia natural en Salamanca y participó, antes de ser contratado en Costa Rica, en varias expediciones geológicas: California (1863) y Santo Domingo y Haití (1870), esta última para levantar un mapa geológico. La producción intelectual de Gabb, debe agregarse, circulaba ya

20 Aquí seguimos el esquema propuesto por Viales y Clare que consiste en la identificación de tres niveles contextuales en los que se desarrolló la ciencia en Costa Rica: el estatal, el paraestatal y el nivel individual o de actores (Viales y Clare, 2009, p. 103).

en varias revistas científicas (Ferrero, 1978; Viales y Clare, 2007), lo cual lo ubica dentro la corriente principal de la ciencia, como lo evidencia su incorporación a la American Philosophical Society de Filadelfia.

Gabb se encargaría de estudiar, según las palabras de Enrique M. Keith dirigidas a Tomás Guardia, “la geología, las características geográficas, el clima e historia natural de Talamanca [territorio de los bribris] desde un punto de vista práctico” (Keith, citado por Ferrero, 1978, p. xi). El interés de la sociedad de Keith era colonizar “el territorio comprendido entre el río Banano (en el Atlántico) y el río General (en el Pacífico) hasta la frontera con Nueva Granada” (p. xi), y uno de sus propósitos, el descubrimiento y explotación de riquezas auríferas y minerales, en general.²¹

El proyecto de la sociedad de Keith no prosperó en el Congreso de la República y el contrato de Gabb pasó a la jurisdicción del Gobierno de Costa Rica, el cual asumió el costo de las exploraciones del norteamericano. No obstante, Gabb seguiría recibiendo órdenes de Keith (Ferrero, 1978; Viales y Clare, 2007).

Quizá no sobre anotar que el contacto de Gabb con Costa Rica se ubica entre dos puntos históricos de gran relevancia para los Estados Unidos de Norteamérica y, no cabe duda, para el subcontinente latinoamericano. En primer lugar, la llegada de Gabb se produce a poco más de tres lustros de la guerra contra el filibusterismo estadounidense (1856-1857), expresión del proyecto expansionista vinculado a los estados sureños y del carácter inacabado del proceso político de centralización en el estado federal estadounidense que poseía vínculos con la doctrina del Destino Manifiesto (Acuña, 2007; Aguilar, 2005). Dicha doctrina, expresión del pensamiento político de los Estados Unidos, es un argumento que justifica el poder, la superioridad, el imperialismo predestinado, así como el privilegio de este país en la determinación de una división de razas y naciones (Ortega y Medina, 1972). En segundo lugar, la llegada de Gabb se produce a poco menos de una década del impulso del “movimiento integracionista panamericano propiciado por Estados Unidos de Norteamérica desde 1881, cuando James G. Blaine advino a la Secretaria de Estado bajo la presidencia de James Garfield” (CIALC-UNAM, s. f., s. p.). Se trató de un modelo ideológico de integración económica, política y cultural de los países americanos bajo la hegemonía de dicho país. Con lo anterior, pretendo señalar algunos de los ingredientes del espíritu de la época existente en los Estados Unidos de Norteamérica de Gabb, claramente orientados hacia una cultura y una política imperialista. Además, indicar que Centroamérica era objeto de dicha política en el momento de la llegada del norteamericano a Costa Rica.

Así pues, las exploraciones en el marco del Estado permitieron las anotaciones de Pittier sobre los bribris y los de la empresa capitalista de Keith, las de Gabb. ¿Cuáles eran las

21 Según relata Ferrero en 1833 “surgió una fiebre de oro con la publicación del libro *Lecciones de Geografía*, del fogoso bachiller Rafael Francisco Osejo”, quien volvió a traer a colación las minas del Tisingal que, ahora “son las que despiertan la codicia de Enrique Meiggs Keit” (Ferrero, 1979, p. xxvii).

motivaciones de Carl Bovallius? Las notas explicativas de su diario de viaje, cuya traducción fue tardíamente publicada en Nicaragua, nos brindan algunas pistas (Bovallius, 1977). Se debe comenzar por la inserción de su *habitus* en el contexto de la cultura sueca de su tiempo: su padre, Roberto Bovallius, fue Bibliotecario Real en Estocolmo y Carl realizó estudios en biología en la Universidad de Upsala, ahí fue nombrado *privat docent* en dicha materia. En 1881, recibió una beca de estudios, donada a la Universidad por uno de sus benefactores, la cual le permitió trasladarse a América. Su viaje inició en octubre de 1881 y concluyó en abril de 1883, su relato fue publicado en Estocolmo en 1887. De su estadía en Nicaragua, se dice que Bovallius había realizado una “labor intensa de investigación de la fauna, de la flora y de la arqueología nacional” (Bovallius, 1977, p. 4). Se agrega que, “a su regreso a Suecia llevó una vasta colección de piezas naturales, de ornamentos, utensilios y armas indígenas recogidas principalmente en Costa Rica y en Nicaragua” (p. 4).

En otras palabras, se trataba de un académico universitario, un científico- naturalista becario que realiza un trabajo de campo para su investigación. Lo que no se dice de su estadía en Costa Rica es que este “etnólogo” –a decir de Ferrero–, y “naturalista vagabundo” –a decir del propio Bovallius–²² no tenía otras intenciones que ir de caza cuando, encontrándose en Siquirres, Caribe de Costa Rica, tuvo que abandonar

Esta excursión que tanto prometía... porque una carta de mi amigo Herr Hübsch... cambió enteramente mis proyectos de caza. Contenía efectivamente un llamado del obispo de Costa Rica, el Dr. Bernardo Augusto Thiel, para que lo acompañara en un viaje de misiones en Talamanca, una región poco conocida desde el punto de vista geográfico y etnográfico y nunca visitada antes por un zoólogo o botánico. Era una llamada demasiado tentadora para rehusarla (Bovallius, 1993, pp. 16-17).

Si bien la inserción universitaria de Bovallius le distingue de los otros, compartiría con los europeos de su época, siguiendo al historiador costarricense de la ciencia, Antony Goebel

Los conceptos eurocentristas sobre las sociedades y la naturaleza ajenas al contexto europeo” [en la que la] ‘superioridad’ de la civilización europea sobre la ‘barbarie’ americana era más que evidente en todos los ámbitos mientras que las tierras americanas se caracterizaban por una dotación casi infinita de recursos naturales en espera de ser explotados por las ‘industriosas’ mentes y los laboriosos brazos de los visitantes (Goebel, 2009, p. 113).

Este es, al menos en parte, el *habitus* que configura el trabajo de campo de estos científicos-naturalistas que hacían etnografía sobre los bribris.

22 Este autocalificativo lo realiza Bovallius en el contexto de su descripción de sus andanzas por Siquirres en el caballo al que había comprado y al que “se le llamaba ... <<un árabe>>”, ironiza, al parecer, los argumentos de sus vendedores. La frase completa de Bovallius dice “Era un caballo como hecho especialmente para un naturalista vagabundo a través de la selva” (Bovallius, 1993, p. 12).

ACERCA DE LOS AUTORES

Patricia Alvarenga Venutolo. Costarricense. Realizó sus estudios de grado y de Maestría en Historia en la Universidad de Costa Rica, es Ph.D. en Historia por la Universidad de Wisconsin, Madison, EE. UU. Estudiosa de las relaciones interétnicas, los movimientos sociales, el género y la sexualidad. Autora de *Cultura y ética de la violencia. El Salvador, 1880-1932* (EDUCA, San José, 1996; Concultura, San Salvador, 2006). Para efectuar esta investigación la autora contó con las becas Fulbright-Laspau y Social Science Research Council. Es académica de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional e investigadora del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas. Fue directora del Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en América Central. El libro *De vecinos a ciudadanos* la hizo merecedora del Premio Nacional Aquileo J. Echeverría (2005) en la rama de Historia, y del Premio de la Academia de Geografía e Historia Cleto González Víquez (2005). Con la publicación de *Identidades en disputa. Las reinenciones del género y de la sexualidad en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX* recibió el premio Áncora en la rama de Historia (2011-2012).

Mauricio Menjívar Ochoa. Salvadoreño-costarricense. Es Doctor en Historia, M.Sc. en Ciencias Políticas y Bachiller Universitario en Sociología por la Universidad de Costa Rica. Es investigador y profesor asociado de la Escuela de Estudios Generales (EEG) y de la Escuela de Sociología de la misma universidad. Subdirector de la Escuela de Estudios Generales para el período comprendido entre noviembre de 2016 y noviembre de 2018. Miembro de la Comisión del Posgrado de Estudios de Género y profesor del mismo Posgrado. Es coordinador de la serie *Cuadernos de Historia de la Cultura* (EEG-UCR). Ha sido investigador del Centro de Investigaciones Históricas sobre América Central y del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA). Fue director, editor y miembro del Consejo editorial de *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*. Sus dos últimas publicaciones relacionadas con el tema de este libro son: “Los indígenas bribris en la mirada antropológica de científicos-naturalistas: Costa Rica a fines del siglo XIX”, en *Cuadernos de Antropología Social*, y “Masculinidades neocoloniales en Talamanca, Caribe sur de Costa Rica”, en *Revista de Historia*.

María Esther Montanaro Mena. Costarricense. Es Bachiller en Historia por la Universidad de Costa Rica. Obtuvo su maestría en dicha disciplina en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es doctoranda del Posgrado en Historia de la UNAM y fue becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Su tesis doctoral lleva por título *La representación visual de los rarámuri. Imágenes fotográficas 1892-1911*. El presente trabajo forma parte de dicha investigación. Ha sido docente de la Universidad de Costa Rica. Actualmente es editora de la revista *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe* del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas, donde también ha sido investigadora en el proyecto de investigación “Racismo y representación de los pueblos indígenas en los albores del siglo XX. La obra de dos intelectuales latinoamericanos: Alcides Arguedas y Luis Vargas Piñera (1909-1919)”. Interesada por el estudio de la historia de México, de las relaciones entre este país y Centroamérica durante el porfiriato y de las tensiones entre los pueblos indígenas con el Estado nación. Recientemente, se ha ocupado del estudio de la fotografía como fuente para la investigación histórica.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



MIRADAS TRAMPOSAS

Este volumen incluye narraciones sobre una variedad significativa de grupos culturales ubicados entre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX: en Centroamérica los habitantes del Caribe sur, los mulatos y mestizos del Pacífico y las comunidades del Altiplano guatemalteco; en México los tarahumaras del norte. El vínculo fundamental entre estos pueblos es la mirada de viajeros, científicos, fotógrafos y sacerdotes que produjeron tales narraciones. Así, en el libro se indagan las construcciones sobre la otredad arraigadas en los preceptos de la modernidad de quienes narraron el mundo de los otros y cómo estos preceptos moldean su experiencia. El punto de partida del libro es que tales visiones de la otredad están permeadas por la hegemonía de la colonialidad.

En la primera parte, Mauricio Menjívar explora la mirada antropológica decimonónica sobre el pueblo indígena bribri de Costa Rica. En la segunda parte, Patricia Alvarenga analiza las narrativas de sujetos cuya mirada colonial se proyecta sobre otredades descubiertas en distintos territorios centroamericanos. Finalmente, María Esther Montanaro pone atención a las primeras representaciones visuales elaboradas por viajeros extranjeros del pueblo indígena tarahumara. En el prólogo, Ileana Rodríguez sugiere que al libro lo cruza un enfrentamiento fundamental: el que opone a “noratlánticos” –los viajeros– y a “suratlánticos” –quienes escriben este libro–.

ISBN 978-9968-46-678-3



9 789968 466783


EDITORIAL
UCR